

El muro

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel 5

Número de palabras: 1,045



Reading a-z

Visite www.readinga-z.com
para obtener miles de libros y materiales.

LECTURA • 5

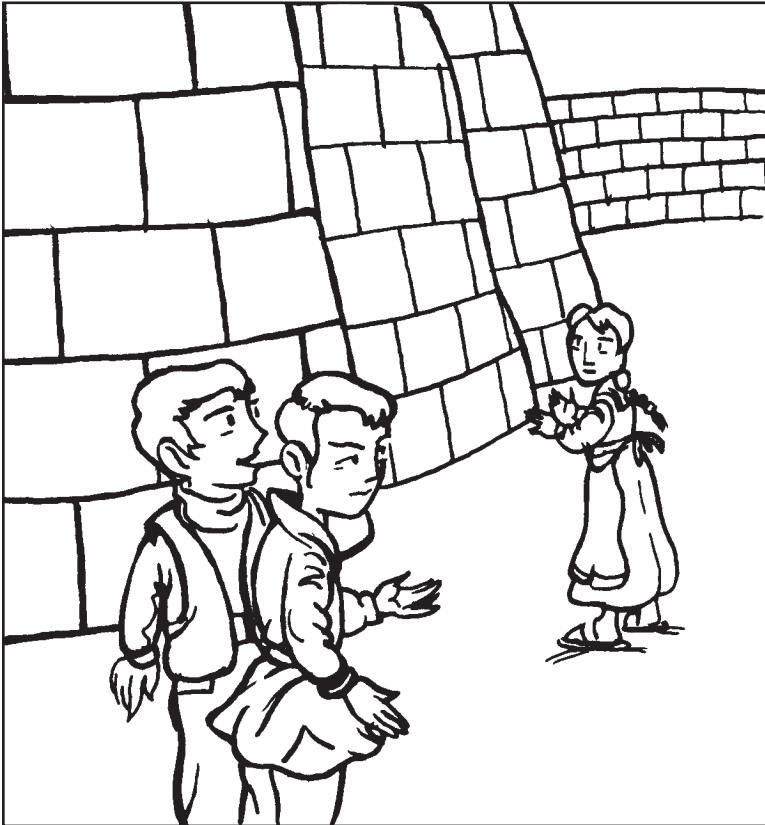
El muro



Escrito por Elizabeth Austin • Ilustrado por Jack Voris

www.readinga-z.com

El muro



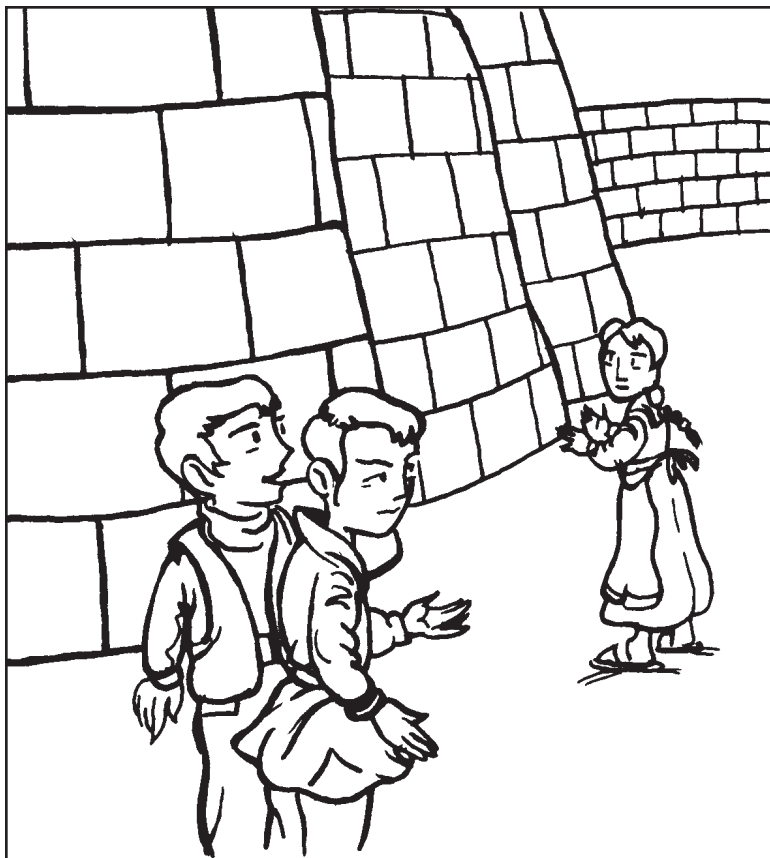
Escrito por Elizabeth Austin
Ilustrado por Jack Voris

www.readinga-z.com

El muro
(The Wall)
Un libro de lectura Nivel S
© Learning A-Z, Inc.
Escrito por Elizabeth Austin
Ilustrado por Jack Voris
Traducido por Lorena F. Di Bello

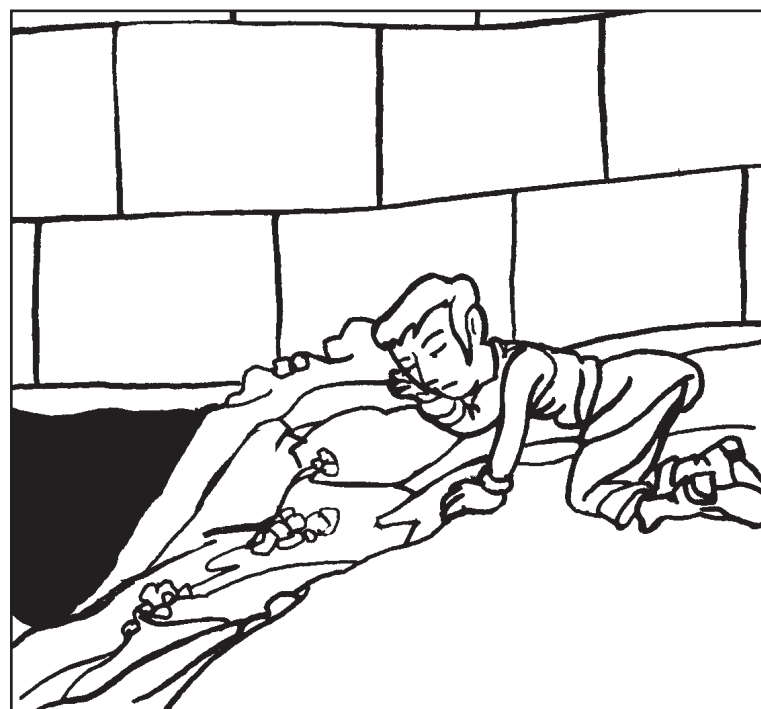
Todos los derechos reservados.

www.readinga-z.com



Había una vez, mucho antes de lo que nadie pueda recordar, dos reinos que tuvieron una discusión. Nadie podía recordar por qué había sido, dado que fue siglos y siglos atrás, pero todos estaban tan furiosos por eso que decidieron construir un muro entre las tierras. Era más alto de lo que alguien pudiera escalar y más largo de lo que alguien pudiera recorrer.

El muro mantenía a los dos reinos completamente separados, aunque nadie podía recordar por qué era que ya no soportaban ser vecinos. Sin embargo, cuando aparecían rajaduras en el muro, la gente las reparaba, y cuando corrientes de agua desgastaban el suelo formando un agujero debajo del muro, la gente rápidamente lo rellenaba con tierra y piedras. —No queremos que esos sinvergüenzas del otro lado vengan para aquí —decían.





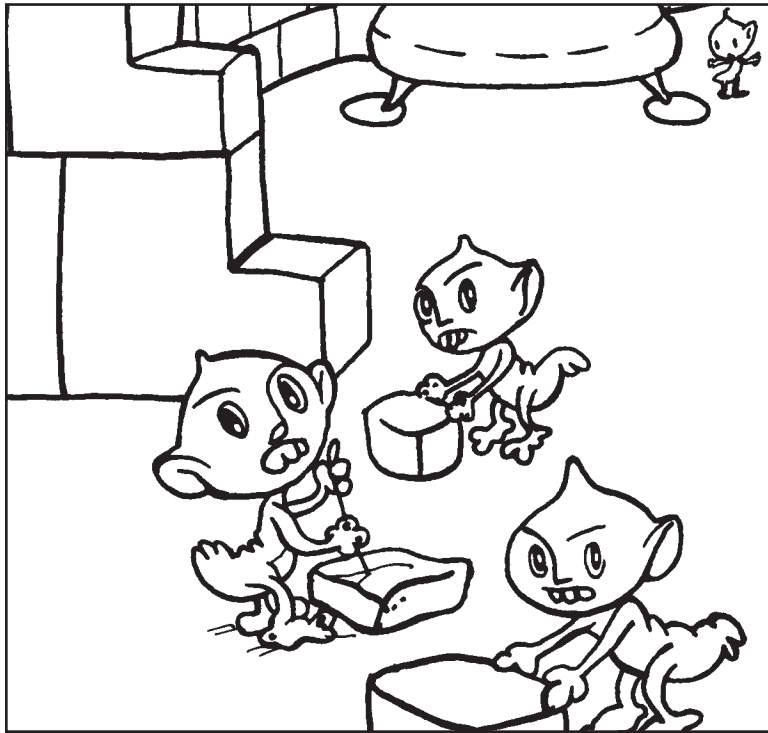
Como había pasado tanto tiempo desde que habían visto el otro reino, nadie estaba seguro de cómo era. Pero asumían que habría una razón por la que el muro estuviera allí. Debía de haber algo en la gente del otro reino, ya sea bueno o malo, si se necesitaba un muro para mantenerlos alejados. —¿O es que el muro está allí para mantenernos a nosotros alejados del otro reino? —la gente se preguntaba. Con el tiempo, la gente comenzó a contar historias sobre lo que había sucedido con el otro reino.



Una historia decía que el otro reino había criado un ejército de asquerosos monstruos que tiraban fuego por la boca. Trataban a los monstruos con mucha crueldad y los mantenían enojados todo el tiempo.

—Los monstruos cruzarán el muro y nos invadirán cualquier día de estos —la gente gritaba—. El otro reino es malvado y cruel.

Otra historia decía que extraterrestres habían venido del cielo un día y habían convertido al otro reino en polvo. Luego los extraterrestres tomaron todo lo que quedaba, lo cargaron en sus naves y se fueron volando, dejando una tierra vacía. —Los extraterrestres están de nuestro lado —decía la gente—. Han destruido al otro reino y nos han dejado la tierra. Los extraterrestres son sabios y obviamente nos dieron la razón con respecto a ese otro reino.



Pero había otra historia, una que era mucho más perturbadora. La mayoría de la gente decía que no la creía, pero en sus corazones, se preguntaban si sería verdad. Con el correr de innumerables años, el otro reino se había convertido en un paraíso. Las calles estaban cubiertas con caramelo, los árboles estaban hechos de chocolate y todo el mundo era sumamente feliz. —Y nosotros estamos sentados aquí, trabajando todo el día y sólo tenemos para comer pan, carne y vegetales comunes y corrientes —gruñía la gente—. El codicioso reino sólo quiere tener el paraíso para ellos.

No importaba qué historia la gente contara, sólo hacía que despreciaran al otro reino más y más. —¡Malvados atacantes vendrán cualquiera de estos días! —gritaban algunos—. La raza suprema de extraterrestres comprobaron que eran terribles y merecían morir —gritaban otros—. Nos consideran unos pobres rufianes —murmuraban otros. Pero nadie sabía con seguridad.



Pero los niños del reino estaban cansados de odiar. —¿Cómo podemos odiar algo si no sabemos qué es? —preguntó Ricardo—. Propongo que descubramos quién está del otro lado del muro. Una vez que sepamos sobre ellos, tal vez podamos descubrir cuál fue la discusión y hasta podamos terminar con la pelea. Entonces finalmente nos podremos deshacer de este feo muro viejo.

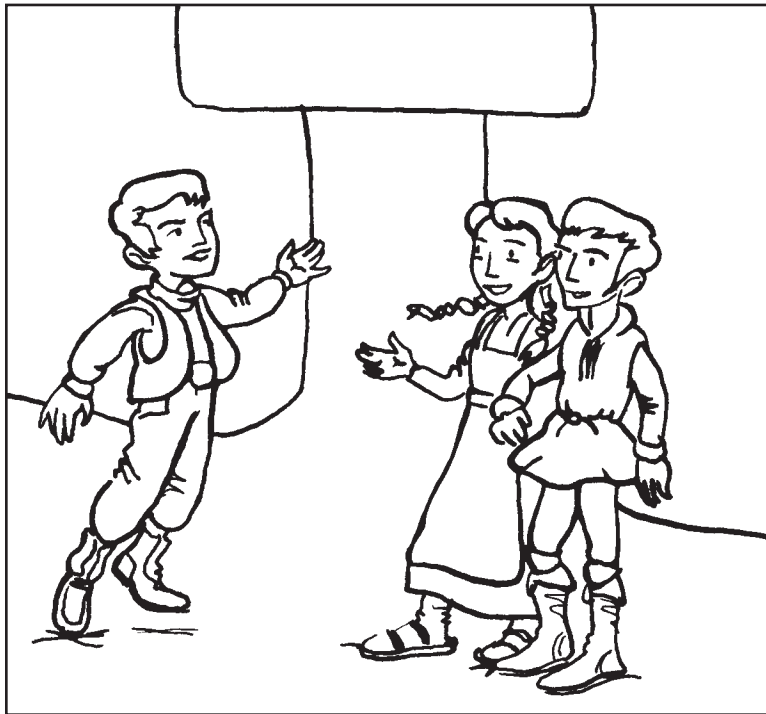
—¿Pero cómo vamos a averiguarlo? —preguntó María—. Nadie puede ver por arriba del muro o viajar hasta el final.

—¡Lo tengo! —gritó Federico.

—Compraremos un loro, el más inteligente de nuestra tierra —explicó Federico—. Le enseñaremos a hablar y lo enviaremos por sobre el muro con un mensaje para la gente que está del otro lado.

—Preguntémosles por qué tienen monstruos que vendrán a matarnos —sugirió María.

—Sólo podemos preguntarles algo si hay alguien a quien preguntar —objetó Ricardo—. ¿Pero, y si los extraterrestres los destruyeron?



—Sí —dijo María—, y si es un perfecto paraíso, le dispararán al loro sólo por ser del lado feo y pobre del muro.

—Esperen un minuto —dijo Federico—. El asunto principal es que nosotros no sabemos qué hay allí. Enviaremos al loro para que lo averigüe. Tal vez debamos mandar un mensaje simple, algo así como “¿Quiénes son ustedes?” Esto no debería de meternos en problemas.

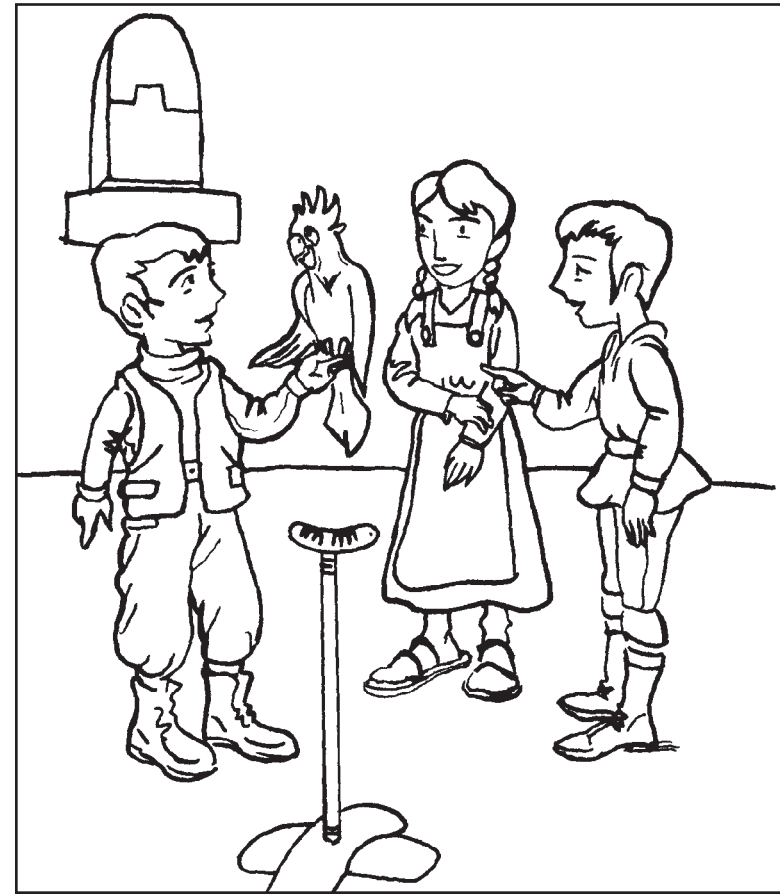
Así que los niños compraron el loro más inteligente que pudieron encontrar. Al poco tiempo, habló con fluidez y lo enviaron para que vea que había sucedido con el reino que estaba del otro lado del muro.



—No permitas que los del otro reino sepan que vienes de nuestro lado —dijo Ricardo.

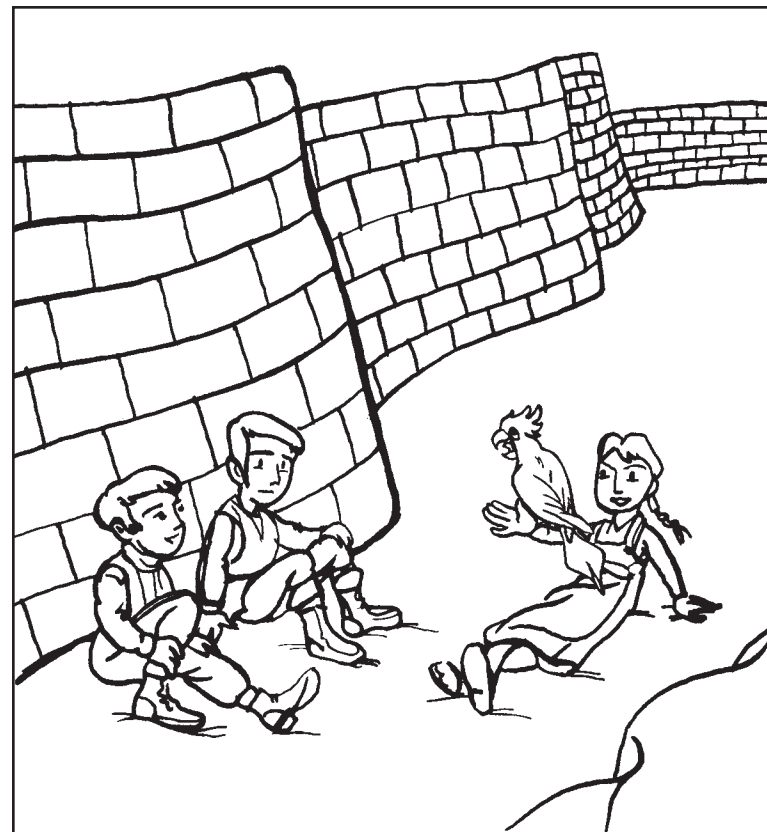
—Sí, no quiero que esa gente sepa quiénes somos —dijo María.

—Sólo vendrán aquí y nos matarán —dijo Ricardo. Federico sólo suspiró.





Pero el ave era aún más sabia de lo que los niños suponían. Entendió que la gente temía y odiaba lo que estaba del otro lado del muro, aunque no supieran bien lo que era. Lejos voló por sobre el muro y luego de tres días muy largos, regresó.



—Cuéntanos lo que viste —dijo Federico con ansiedad.

—Vi gente —dijo el loro—, y todos se ven muy tristes. Volé hasta un árbol y los escuché. Decían que lamentaban el haber tenido la discusión y se arrepienten de haber construido el muro. Sólo esperan poder ser amigos de vuestro reino otra vez.

Los niños estaban sorprendidos y un poco avergonzados. Nunca habían sospechado que la gente del otro lado del muro quisiera amigarse.

—Envíale un mensaje al otro reino —María dijo rápidamente—. Dile que queremos ser amigos, y que sentimos realmente lo de la discusión, no importa por qué fue.



Parecía que el loro se guiñaba el ojo a sí mismo. Verás, ya le había dicho al otro reino que los niños estaban enviando un mensaje de paz. La gente del otro reino era igual a la gente de este reino, no sabía que había detrás del muro, pero lo odiaban de todas maneras. El otro reino había estado tan sorprendido y avergonzado de su odio como los niños. Enseguida, el muro desapareció y los dos reinos fueron amigos otra vez. Se olvidaron de la discusión, sin importar por qué fue.